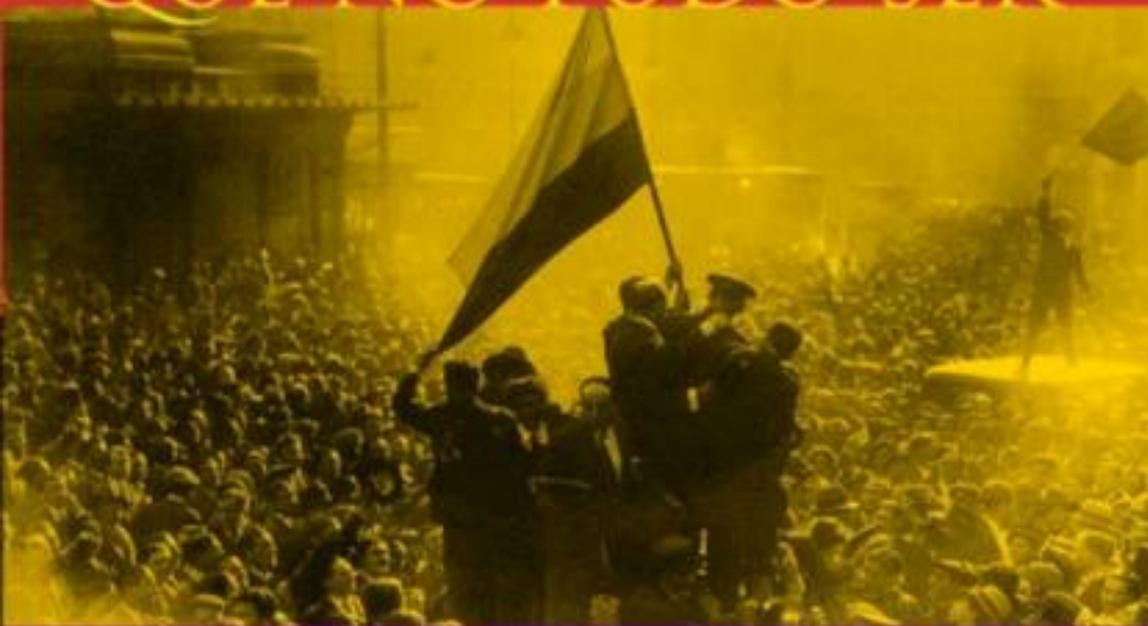


NIGEL TOWNSON

LA REPÚBLICA QUE NO PUDO SER



LA POLÍTICA DE CENTRO
EN ESPAÑA (1931-1936)

taurus



*Para mis tres seres favoritos,
Susana, Sonia y Óscar*

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias en primer lugar a mi tutor en Cambridge, Peter Burke, por haber fomentado mi interés por la historia, en general, y por la historia de España, en particular. Mi deuda con Paul Preston, del London School of Economics, es aún más grande. No sólo fue quien me sugirió el tema de la presente obra, sino que además dirigió con paciencia la investigación en la que se basa gran parte de este libro. También me apoyó de una forma notable a la hora de solicitar becas y, además, desempeñó un papel fundamental en la publicación del manuscrito en inglés.

En el transcurso de mi investigación contraí deudas con la *British Academy*, la Fundación Vicente Cañada Blanch, y la Universidad de Londres por el indispensable apoyo que me prestaron. También quiero dejar constancia de la eficacia y colaboración del personal de la British Library, Archivo de la Guerra Civil en Salamanca, Ateneo de Madrid, Archivo Diego Hidalgo, Fundación Pablo Iglesias, Archivo del Tribunal Supremo y del Instituto Juan March. Desgraciadamente, no puedo extender mi agradecimiento a otros centros de documentación y bibliotecas en España.

A lo largo de los años he tenido la oportunidad de hablar acerca de la Segunda República con muchas personas, cuyos conocimientos y percepciones estimularon, en numerosas ocasiones, la reevaluación y el replanteamiento de mis propias ideas. Mi más sincero agradecimiento a todas ellas, sobre todo a Andrés de Blas Guerrero, Mercedes Cabrera, Fernando del Rey Reguillo, Edward Malefakis, Timothy Rees y Manuel Requena Gallego. Estoy en deuda, sobre to-

do, con Santos Juliá, por haberme asesorado con su proverbial lucidez, y a Enrique Montero Hernández, por haber compartido conmigo de forma magnánima sus vastos conocimientos sobre el movimiento republicano. Asimismo, doy las gracias a los miembros de mi tribunal de tesis, Martin Blinkhorn y Helen Graham, por sus comentarios y sugerencias.

Debo manifestar también mi gratitud hacia aquellos a cuyo juicio sometí los primeros borradores del libro. Enrique González Calleja leyó el capítulo cinco, José Álvarez Junco y Helen Hills comentaron varias secciones del texto, mientras que mi padre, Duncan Townson, revisó el grueso del manuscrito con su meticulosidad habitual. Ni que decir tiene que ninguno de ellos es responsable de los errores y omisiones que pueda contener. También me gustaría dar las gracias a María Cifuentes, directora editorial de Taurus, por su apoyo y consejo, así como a mi editora, Ana Bustelo, y al corrector, Moisés Ramírez Trapero, por su dedicación y esfuerzo. Asimismo, Vicente Serrano me ha ayudado amigablemente a mejorar parte del texto. Mis suegros, Ángel y Susa, me apoyaron de una forma generosa durante las últimas etapas de redacción del manuscrito original.

Por último, tengo tres deudas muy especiales en relación con esta obra. En primer lugar, estoy profundamente agradecido a mis padres, Lesley y Duncan, no sólo por haber despertado mi interés por España durante el transcurso de nuestros largos viajes familiares, sino por su estímulo y apoyo constantes a través de los años. En concreto, mi padre, también historiador, siempre ha prestado una gran atención a mi trabajo. En segundo lugar, tengo una extraordinaria deuda con José Álvarez Junco, en parte por su espléndida hospitalidad, pero también por su inagotable entusiasmo y excepcional capacidad de diálogo, cualidades que hacen de él un eminente maestro y erudito. Además, me sugirió el título de la presente obra y me ha proporcionado un apoyo inestimable a la hora de revisar el texto en español. Finalmente, nadie ha tenido un papel más relevante a lo largo de la dilatada gestación del libro que mi mujer, Susa-

na, no sólo por sus comentarios editoriales y respaldo bibliográfico, sino también por la animación y el inevitable estoicismo de que hizo gala durante el tiempo de redacción del texto. En concreto, ella asumió el mayor peso en el cuidado de nuestra hija Sonia durante sus primeros nueve meses de vida. Sin ellas, y sin mi hijo Óscar, ni este libro, ni su autor, serían los mismos.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

- AR Acción Republicana
BOC Bloc Obrer i Camperol
CE- Confederación Española de Derechas Autónomas
DA
CNT Confederación Nacional del Trabajo
DLR Derecha Liberal Republicana
DRV Derecha Regional Valenciana
FAI Federación Anarquista Ibérica
FIRPE Federación de Izquierdas Republicanas Parlamentarias Españolas
FNNT Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra
IR Izquierda Republicana
JAP Juventud de Acción Popular
JONS Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista
OR- Organización Republicana Gallega Autónoma
GA
PCE Partido Comunista de España
PNV Partido Nacionalista Vasco
PRD Partido Radical Demócrata
PRRS Partido Republicano Radical Socialista
PRRSI Partido Republicano Radical Socialista Independiente
PSOE Partido Socialista Obrero Español
PURA Partido de Unión Republicana Autonomista

UFNR Unión Federal Nacionalista Republicana

UGT Unión General de Trabajadores

UR Unión Republicana

ARCHIVOS Y FUENTES

ADH Archivo Diego Hidalgo

AMB Archivo Martínez Barrio

AS, P-S Archivo de Salamanca, Sección Político-Social

ATS Archivo del Tribunal Supremo

DSCC Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes

DSC Diario de sesiones de Cortes

PRÓLOGO

La historia de la Segunda República española siempre ha estado ensombrecida por su trágico desenlace, la Guerra Civil. Los historiadores han tendido a proyectar retrospectivamente a los seis primeros años del régimen los extremismos ideológicos de los tres últimos. En consecuencia, las fuerzas de izquierda y derecha que protagonizaron el periodo bélico han recibido una atención desproporcionada en el estudio de los años anteriores, y se ha oscurecido en particular el papel de los republicanos, actores secundarios durante la guerra, pero que dominaron el escenario político hasta el momento del levantamiento militar. De hecho, todos los presidentes de la República, todos los presidentes de Gobierno y la gran mayoría de los ministros del periodo 1931-1936 pertenecieron a estos grupos republicanos. Pero durante muchos años, la izquierda, sesgada por las certezas del marxismo, desacreditó a los republicanos como pertenecientes a una «burguesía» que se presuponía traidora, mientras que para la derecha los republicanos no eran sino una mutación radical del liberalismo, el temible virus que se había apoderado del alma de la sociedad española desde comienzos del siglo XIX. Al infectar a la España católica con los partidos políticos, los parlamentos y la soberanía popular, el liberalismo habría sido responsable de los reveses imperiales de la nación, de la decadencia de los siglos XIX y XX y de la pérdida general de la «unidad espiritual» y la «grandeza». Al cabo, la conflagración misma de 1936 terminaba atribuyéndose también a la influencia anticatólica y antiespañola del liberalismo. En resumen, tanto la izquierda co-

mo la derecha tenían un interés por desacreditar a los republicanos. Durante la reciente transición a la democracia volvió a descartarse la república como forma de organización del Estado, pues se asociaba a los tumultuosos años treinta, así como a la proverbial inestabilidad de la Primera República de 1873-1874. En su lugar, la Monarquía, símbolo a la vez de continuidad y cambio, pasó a ser el marco del consenso. Los republicanos no pudieron así vencer ni desde el punto de vista ideológico ni en el terreno político.

Hubo que esperar hasta los años noventa para asistir a cierta rehabilitación de los políticos republicanos[1], entre los cuales ha merecido particular atención la figura de Manuel Azaña, primer ministro en 1931-1933 y 1936, y presidente de la República entre 1936 y 1939. Ello se debe en parte a que Azaña ofrece la visión intelectual más coherente de una república democrática y reformista, y también al notable testimonio literario que nos legó en sus diarios, así como al hecho de que sus esfuerzos por reconciliar a las «dos Españas» durante la Guerra Civil evocaban los afanes de consenso de la España posfranquista. Su talla de intelectual y escritor cultivado le añadió todavía más atractivo para los historiadores «burgueses». Aunque para el régimen franquista Azaña fuera la *bestia negra*, en la actualidad tanto la derecha como la izquierda reivindican su legado político[2]. Sin embargo, no parece que este atractivo de Azaña —personificación para tantos de la causa republicana— haya pesado demasiado en los estudios sobre los republicanos de izquierda en su conjunto. Únicamente se han publicado dos monografías sobre los partidos republicanos de izquierda de alcance nacional, Acción Republicana y el Partido Republicano Radical-Socialista. Incluso aquí es alargada la sombra de Azaña: uno de los dos libros se titula *Azaña en el poder*, y sólo su subtítulo revela que trata sobre *El partido de Acción Republicana*[3]. En cambio, los estudios sobre los republicanos vascos y catalanes se han potenciado considerablemente a raíz del resurgimiento de los nacionalismos periféricos en los años setenta[4].

No es ninguna coincidencia que el más olvidado de todos los partidos republicanos sea también el más vilipendiado: el Partido Republicano Radical, al que por lo general se tilda de organización corrupta y cínica, una especie de compendio de la política caciquil y clientelar. Tan desfavorable impresión se debe al hecho de que los radicales perdieron el poder a raíz de un par de escándalos, uno de los cuales, el del estraperlo, se convirtió en sinónimo de mercado negro en la España de la posguerra. Esta imagen se ha visto reforzada por anteriores asociaciones venales, como el escándalo de *cal, yeso y cemento* de 1910 y la relación del partido con Juan March, el magnate mallorquín cuya fortuna se basó inicialmente en el contrabando. Por si fuera poco, los simpatizantes de la Segunda República han interpretado el hecho de que el Partido Radical gobernase en alianza con la derecha no republicana entre 1933 y 1935 como una traición a la causa republicana. Se ha considerado que el Partido Radical, que supuestamente sirvió de trampolín para el «fascismo», desempeñó también un papel decisivo en el proceso de polarización política que desembocaría en la Guerra Civil. Para la mayoría de los historiadores, la codicia y el oportunismo de los radicales se situaban en los antípodas de la vocación de sacrificio y el idealismo que suele atribuirse a la década de los años treinta en España. Esta visión del Partido Radical como una fuerza carente de compromiso ideológico se vería acentuada por su política pragmática y centrista, desprovista de ese celo doctrinario propio de cruzados que caracterizó a los partidos de izquierda y derecha. Por todo ello, los radicales estaban muy lejos de esa imagen romántica de una España desgarrada entre ideologías antagónicas que tanto atrajo a los historiadores extranjeros. Por último, se ha marginado también al Partido Radical debido a que sus orígenes lerrouxistas en la Barcelona de 1901-1908 han sido considerados más atractivos, por su carácter quijotesco e innovador, que el propio partido. En efecto, estos orígenes han inspirado algunos de los estudios más notables de la histo-

ria política de la España del siglo XX, en particular «*La rosa de fuego*», de Joaquín Romero Maura, y *El Emperador del Paralelo*, de José Álvarez Junco[5]. El desgastado y corrupto partido de los años treinta queda así malparado en la comparación con la etapa anterior a su fundación. En resumen, el Partido Radical ha suscitado escaso respeto y aún más exigua investigación[6].

Desde luego, la «leyenda negra» de los radicales no carece de fundamento, pero no debería ensombrecer su verdadera significación durante la Segunda República. En 1931, el Partido Radical, con diferencia el mayor de los partidos republicanos, fue una parte importante de los gobiernos republicano-socialistas; en 1932-1933 se convirtió en la principal oposición a los gobiernos de izquierdas o republicano-socialistas; y de 1933 a 1935 pasó a ser la principal fuerza de Gobierno. En un régimen que a menudo se ha considerado rehén de los extremismos de izquierda y derecha, los radicales constituyeron una opción centrista de formidables proporciones: hasta las elecciones generales de febrero de 1936, ningún partido obtuvo más escaños en el Parlamento ni ocupó más carteras ministeriales. Sin embargo, sólo se ha dedicado un estudio al Partido Radical durante la República, *El Partido Republicano Radical*, de Octavio Ruiz Manjón, publicado hace casi treinta años[7].

El presente libro intenta corregir este desequilibrio historiográfico reevaluando la naturaleza, función y logros del Partido Republicano Radical entre 1931 y 1936. En el capítulo I se traza la historia del partido desde sus orígenes como movimiento revolucionario de la clase trabajadora en la Barcelona del cambio de siglo hasta su transformación en una fuerza moderada, principalmente de clase media y de dimensiones nacionales en la época de la República de 1931. Prestaremos especial atención al modelo organizativo e ideológico y a la composición social del Partido Radical al fundarse en 1908, para dilucidar hasta qué punto perduraba su huella durante el periodo posterior. También examinaremos la evolución de las relaciones del partido con

aquellas fuerzas que habían de configurar su trayectoria en los años treinta, especialmente los republicanos de izquierda y los socialistas. Se intentará, pues, delinear los elementos de continuidad y cambio en el partido hasta la República.

El capítulo II abarca el periodo comprendido entre la caída de la Monarquía en abril de 1931 hasta las elecciones generales a Cortes Constituyentes dos meses después. Aquí abordaremos la cuestión crucial de cómo y por qué los radicales se diferenciaron de los republicanos de izquierda al afrontar el reto de la consolidación del incipiente régimen. En términos generales, compararemos las metas y aspiraciones de los radicales con las de sus aliados del Gobierno provisional entre abril y junio de 1931. Desde un punto de vista más concreto, examinaremos cómo se modificó el partido por las exigencias de la política de masas, en especial por influjo de las clases medias urbanas y rurales. Por último, analizaremos las expectativas creadas en torno al Partido Radical en la época de las elecciones generales de junio de 1931, así como las razones de su éxito.

El capítulo III se vertebra en torno a la confrontación entre radicales y socialistas en el seno de la mayoría gobernante, y sus repercusiones en las relaciones con el campo republicano, así como la proyección de estas tensiones acumuladas a lo largo del debate constitucional y las dos crisis gubernamentales de finales de 1931. Analizaremos las razones por las que los radicales rompieron el Gobierno republicano-socialista en diciembre de 1931, así como las consecuencias de dicha ruptura para la estabilidad del régimen. También se estudia la cuestión de la corrupción del partido, centrándonos en el escándalo que implicó a los radicales y a Juan March en noviembre de 1931.

Las razones y repercusiones de la oposición de los radicales al Gobierno republicano-socialista presidido por Manuel Azaña durante la primera mitad de 1932 constituyen el tema dominante del capítulo IV. El vertiginoso crecimiento del partido en las provincias, que determinó su asalto a la coalición en el Gobierno, está relacionado con esta oposi-

ción. El capítulo V presenta la única exposición detallada hasta la fecha del papel que desempeñaron los radicales en el intento de golpe de Estado de agosto de 1932, desenmarañando la enredada madeja de elementos militares y civiles que formaron la conspiración.

El capítulo VI aborda los esfuerzos de los radicales por reconstruir los puentes con los republicanos de izquierda, que culminan en el primer y último Congreso Nacional del partido en la República, celebrado en octubre de 1932. Estudiaremos este Congreso en busca de claves acerca ante la organización del partido, su base social y el culto a la personalidad de su *jefe* Alejandro Lerroux, así como las repercusiones políticas de estos rasgos. Y volveremos a examinar el relanzamiento de la oposición de los radicales a finales de 1932 a la luz de los diarios del primer ministro, publicados en 1997[8]. El otro gran tema del capítulo es la indagación de las razones por las que fracasó el empeño de formar un Gobierno totalmente republicano durante el turbulento verano de 1933, a pesar de la creciente desilusión de los socialistas, el resurgimiento de la derecha y la creciente agitación socioeconómica. En este contexto adquiere importancia decisiva la ruptura de las relaciones entre los radicales y los republicanos de izquierda durante la prolongada crisis gubernamental de septiembre-octubre de 1933.

El capítulo VII evalúa la medida en que las elecciones generales de noviembre de 1933, controladas por un gabinete dirigido a su vez por los radicales, fueron una reafirmación de la campaña de oposición de éstos durante dos años. Una pregunta decisiva es la de por qué el Partido Radical, que anteriormente había colaborado con los republicanos de izquierda y los socialistas, pasó a formar parte ahora de una mayoría parlamentaria en alianza con la derecha no republicana. Tema dominante de éste y otros capítulos posteriores es la naturaleza de este acuerdo, y en particular el examen de los posibles elementos programáticos comunes a los radicales y la derecha. Tiene especial interés la pregunta de en qué medida los acontecimientos de Madrid estuvieron condicionados por las relaciones entre el

Partido Radical y sus nuevos aliados en provincias, asunto que ha recibido escasa atención hasta la fecha. Otra cuestión que recorre todo el resto del libro es la de si la estrategia de integración de los radicales fomentó la consolidación de la República o si, por el contrario, no hizo más que convertirlos en instrumento de la derecha autoritaria. Examinaremos detalladamente la corrupción de los radicales, el fondo del asunto y la manera en que configuró la política y programas del partido, preguntándonos si era tan diferente de las prácticas clientelares tan características de la vida política española. El capítulo VIII vuelve a someter a examen las causas y consecuencias del cisma radical de mayo de 1934, reevaluando el papel de las logias masónicas.

En el capítulo IX intentamos ofrecer una perspectiva nueva sobre el Gobierno radical de abril a octubre de 1934, habitualmente descrito como un débil Gobierno provisional, y examinamos la manera en que se enfrentó a una creciente oposición, que abarcaba desde los socialistas y los republicanos de izquierda hasta los nacionalistas periféricos e incluso los propios aliados de los radicales a la derecha. Una cuestión recurrente de esta época de poder radical, que aquí se examina detalladamente, es la del grado en que se reforzaron o demolieron los trabajos legislativos de las Cortes Constituyentes de 1931-1933. El capítulo se cierra con la entrada de la CEDA en el Gobierno en octubre de 1934 y los posteriores levantamientos izquierdistas, tratando de dilucidar hasta qué punto éstos fueron el resultado de las políticas de la alianza de centro-derecha gobernante. El espectacular cambio en el equilibrio de poder que tuvo lugar tras los acontecimientos de octubre y la subsiguiente intensificación de la rivalidad entre los radicales y la derecha constituye el tema central de los capítulos X y XI, que no se centran exclusivamente en el conflicto a escala nacional sino que lo relacionan con la creciente confrontación a escala provincial.

El capítulo XII aborda la crisis gubernamental de septiembre de 1935 y el estallido del escándalo del estraperlo.

Para rastrear las causas de este laberíntico asunto, me he basado en la investigación judicial del magistrado especial, Ildefonso Bellón, documentos que se analizan aquí por vez primera. Intento a continuación relacionar las repercusiones de este escándalo —y del asunto Tayà, que sacudió la escena política unas semanas después— con el derrumbamiento de la coalición gobernante y la acelerada descomposición del partido. Una última cuestión decisiva que examinaremos aquí es la contribución del Partido Radical a las tensiones colectivas de la primavera y el verano de 1936.

Al evaluar la trayectoria del Partido Radical bajo la República, el presente libro pretende, en definitiva, contestar a la pregunta de si el centro pudo haber desempeñado un papel estabilizador mayor o si España estaba inevitablemente dividida en dos campos irreconciliables destinados a enfrentarse. Otra manera de plantear esta cuestión es si el periodo que va de 1931 a 1936 merece estudiarse por derecho propio o no fue más que un preludio de la Guerra Civil.